

donde el Estado da la enseñanza, son países en donde una masa muy considerable, que forma la mayoría, pero sin voluntad, sin iniciativa, sin energía, sin ideas netas, languideciente y amorfa, desea vagamente una enseñanza no confesional, imparcial y moderada, no sabe organizarse y asociarse para realizarla y encargarla al gobierno de crearla, comprometiéndose a pagarle por ella. Sólo que ocurre que el gobierno, luego que ha creado esta enseñanza, o casi en seguida, hace de ella un *instrumentum regni*, porque los gobiernos tienen una tendencia muy natural a hacer un *instrumentum regni* de todo lo que tienen en las manos; y la masa languideciente y amorfa tiene, precisamente, en lugar de la enseñanza imparcial que deseaba, una enseñanza de partido, muy neta, muy acentuada, algunas veces violenta como él, y justamente todo lo contrario de lo que ella deseaba. *Es raro que no se tenga justamente lo contrario de lo que se desea cuando se deja hacer a otros lo que debemos hacer por nosotros mismos.*

*La solución aquí, pues, como en asuntos religiosos, para los pueblos que tienen iniciativa, que no se abandonan y que temen los disgustos que el abandono deja tras sí, está en la libertad. El Estado nada tiene que ver en las cosas de enseñanza ni en las cosas de religión. Sólo tiene que saber si en un colegio se practican las reglas de la higiene, si es un lugar de secuestro o un asilo de inmoralidad. Con estas miras puede entrar allí como en una casa particular, como en mi casa, como en la vuestra. Pasado esto, su derecho termina. No tiene que ver en las cosas de enseñanza, porque ellas no conciernen a la policía ni a la defensa. Nada tiene*

*que ver en las cosas de la enseñanza, porque no es ni un profesor, ni un filósofo, ni un padre de familia.*

Nada tiene que ver en las cosas de la enseñanza, porque, cuando interviene en ellas, es lo más frecuentemente torpe y ridículo. Como está nombrado para hacer política, y los hombres que gobiernan no son más que políticos, él no ve en la enseñanza más que política y no hace de ella más que política y todos sus pensamientos sobre esta materia se dirigen a este punto: «¿Mi cuerpo docente me hará ser querido y me preparará los electores?» Es imposible que un gobierno vea en sus funcionarios otra cosa que agentes electorales; no puede, pues, ver en sus profesores sino agentes electorales, ¡y Dios sabe qué profesores pueden ser los profesores que son, que quieran ser, o que se quiere que sean agentes electorales! Obedientes o rebeldes, estarán igualmente ansiosos, angustiados y nerviosos y en manera alguna servirán para su tarea.

Y véase el primer jefe del cuerpo docente que puede dar tal régimen. Él es algunas veces un hombre excelente; es otras veces, por casualidad, un hombre superior. Pero lo más frecuentemente es algún poliquillo de una pequeña subprefectura el que toma en sus manos los destinos de la enseñanza en un gran país. Es absolutamente incapaz de ver, en las cuestiones de enseñanza, de pedagogía, de alta ciencia y de alta investigación, otra cosa que cuestiones políticas; atiborrará de programas de instrucción cívica, de historia de la Revolución y de moral laica e independiente; multiplicará las cátedras de sociología; jamás su cuerpo docente se ocupará bastante de política, siem-